

# ¡Atención Oriol!

Oriol era un niño muy activo y juguetón, que siempre pasaba las tardes jugando al fútbol con sus amigos en el parque. Sus ojos brillaban de felicidad cada vez que veía un balón y, enseguida, se ponía a correr detrás de él, intentando marcar el mejor gol. Pero había algo que le hacía diferente a los otros niños: Oriol siempre estaba tan concentrado en la pelota que se olvidaba completamente de lo que ocurría a su alrededor. Cuando jugaba, parecía que el mundo se detenía y sólo existía la pelota y él.

Un día, mientras jugaban un partido muy emocionante, Oriol vio que el balón se desplazaba hacia fuera de la línea de gol. La persiguió como si fuera un cohete, corriendo sin pensar en otra cosa que en su gran oportunidad de marcar el gol de la victoria. Con el corazón latiendo rápidamente, aceleró y siguió el balón, sin darse cuenta de que estaba a punto de chocar contra un árbol grande que estaba en medio del camino.

De repente, Oriol sintió un impacto fortísimo, un “BAM!” y cayó al suelo. El dolor lo recorrió, y se quedó unos segundos en el suelo, sin saber muy bien lo que había pasado. Su cabeza le daba vueltas, y su rodilla dolía. “Venga, eso sí que ha sido duro”, pensó mientras se

masajeaba la pierna.

Sus amigos se acercaron rápidamente. Pau fue el primero en llegar. «¡Oriol! ¿Estás bien?», dijo con preocupación mientras le miraba. Oriol intentó levantarse, pero la sensación de mareo y el dolor en la rodilla le hicieron vacilar. “Sí, bueno... sólo un poco mareado... ¿pero qué ha pasado?”, preguntó mientras se cogía el abrigo de un amigo para levantarse.

Sus amigos avisaron a un adulto, que acudió para ayudar a Oriol. Aquel día dejó de jugar y se quedó acompañado mientras atendían el golpe. Carla, que siempre era la más calmada de todos, le puso una mano en la espalda y dijo: «Oriol, te gusta mucho jugar al fútbol, pero a veces tienes que mirar a tu alrededor cuando estás corriendo. Si vas con la cabeza a la pelota todo el tiempo, puedes hacerte daño.»

Oriol la miró, y enseguida lo comprendió. Se sentía algo avergonzado, porque nunca se había dado cuenta de que corría sin pensar en las cosas que podía encontrar por el camino. Se quedó pensativo un momento y respondió: «Tienes razón, Carla. Estaba tan concentrado que ni siquiera vi el árbol. Quizá debería haber mirado a mi alrededor.»

Sus amigos sonrieron y le animaron a cuidarse, pero Oriol sabía que tenía que aprender a jugar con más calma y atención. Los días siguientes, cada vez que jugaba a fútbol, hacía un esfuerzo por mirar a todos los alrededores antes de lanzarse a la persecución del balón. Ya no se dejaba llevar sólo por la velocidad. Se concentraba en su jugada, mirando a los demás niños y evitando obstáculos por el camino. Su juego mejoró mucho, y sobre todo, ya no se hacía daño. Se sentía más seguro y sobre todo más feliz jugando con sus amigos.

Y así aprendió que hacer cosas con atención es importante. Ya no se dejaba llevar por el deseo de ser el más rápido, sino que gozaba del juego y el compañerismo de los demás. Nunca más chocó contra un árbol, y siempre que corría, pensaba en todo lo que le rodeaba.